

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginación estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de géneos; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia, con el vapor que desprendían los altares orientales; que recogía todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producían todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que la velaba con un negro sudario, que la comparaba al silencio que reina sobre la noche, y á los abismos que guardan los mares; que veía en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creación los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolía el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvía sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éter de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvía á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religión su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraía á la conciencia de la contemplación de Dios, y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales había hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvía á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre Dios y unas veces con halagos, y otras con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendía detenerle en su camino, debía ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo día, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPILOGO.

LECCION SEPTIMA.

SEÑORES:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debíamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de ligero, sino detenerse en su presencia y recoger toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilización entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofía, toda una vida como he dicho antes, precisa á detenerse en su fuente para ver si después se ha viciado, ó se ha apartado de su origen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el cristianismo, la creencia común de tantos siglos, el alma de la civilización, el dogma en que se unen todas las conciencias, el núnen que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nues-

tro espíritu, debemos detenernos delante de esa idea, no solo para conocerla, sino tambien para adorarla, y para convencer á tantos fanáticos como la profanan, que todo cuanto es razon, justicia, libertad, proviene de esa fuente misteriosa, abierta por la misericordia divina al pié de la cuna de la civilizaci6n, para templar esa sed ardorosa de lo infinito que siente el hombre, viajero perdido en las sendas tortuosas de la tierra, ancioso de encontrar su patria que se esconde entre los misterios del cielo.

Pero es imposible, de todo punto imposible, estudiar el cristianismo sin estudiar la antigua civilizaci6n y el estado del mundo en el momento en que el cristianismo raya en los horizontes de la historia. Dos grandes escuelas se dividian á la saz6n en el mundo inmenso del pensamiento. Estas dos escuelas eran la aplicaci6n práctica, positiva de todos los principios abstractos que habia ideado la filosofía griega. Siempre que una ciencia ó un pensamiento amanecen en la conciencia humana, despues de vagar por la esfera de lo ideal y del espíritu, tocan en la tierra, y crecen con nueva lozanía. Y despues de aquella filosofía platónica, que era un verdadero poema del espíritu humano, despues del idealismo eleático que pulverizaba el mundo material; despues de aquel movimiento metafísico, que habia alcanzado hasta á la gran escuela aristotélica, la mas práctica en toda la antigua ciencia, despues de haber agotado toda la vida del pensamiento, nada mas natural, nada mas lógico que el descenso del espíritu antiguo desde las alturas de la idealidad al terreno de la moral y de la política. Así las escuelas estóica y epicúrea, cuyos caracteres podremos estudiar con mas detenimiento cuando nos acerquemos al derecho, su principal obra, léjos de mirar al cielo, miraban á la tierra; léjos de analizar el pensamiento, analizaban la vida; léjos de buscar la ley de los seres, buscaban la ley moral del hombre; léjos de interrogar á los mares, á las montañas, á la creaci6n por su Dios, se posaban sobre la conciencia para conocer al hombre; léjos de perderse en la naturaleza, perdíanse en el seno de la sociedad.

¿Y qué habia sucedido? Que aquellas escuelas que disputaban en la Academia, en el Pireo, en los jardines, á las orillas del mar, bajo los plátanos, siempre dispuestas á seguir el vuelo del pensamiento en lo infinito, y á despreciar la sociedad como cosa transitoria y fugaz, se habian convertido en grandes bandos políticos, que bajaban á la arena encendida de las pasiones y desplegaban sus enseñas, y tenian sus ojos fijos en los acontecimientos, en los hechos, y anhelaban con

anhelo sin fin, posesionarse del poder, y dominar el mundo. La escuela estóica era la escuela en que se habia refugiado la aristocracia, no por virtud, no por convencimiento, sino por hacerse superior á sus dolores é insensible al continuo martirio que pesaba sobre su frente. Esa insensibilidad de la escuela estóica que ha sido exagerada por la tradici6n, no existía realmente en los primitivos estóicos que inspiraban amor á la virtud; pero existía en los aristócratas romanos, que soñaban con la antigua república, y que desafiaban las iras de los emperadores, no con ese ímpetu ardoroso del que pelea, sino con esa paciencia del que sufre, resignados á morir el día en que apareciese por las puertas de su vivienda un emisario del César pidiéndoles la vida. Así el estoicismo se habia asentado al pié del Imperio, creyendo que con sufrir sus injusticias, con manifestar en sus propias heridas la ira de su tirano, habia de llegar el día en que derrocarse á su enemigo en el polvo. La aristocracia creía tener derecho á esperar que sus dolores fueran mas sentidos y mas llorados que los dolores del pueblo. No se acordaba de aquellos tiempos, en que poseía el poder de Roma, de aquellos tiempos en que estaba frente á frente del pueblo, y le cerraba el paso para ir á los comicios, las gradas para subir á los altares, la puerta para entrar en el hogar doméstico, la senda para tener propiedad, y hasta el campo de batalla para llegar á la gloria; no se acordaba de aquellos tiempos, en que llevaba atado como un perro al plebeyo al fondo de sus oscuros calabozos, y allí le mataba de hambre, de miseria; no se acordaba, no, de su historia, porque si la hubiera recordado, si hubiera visto dibujarse en su conciencia sus negros crímenes, hubiera comprendido que su dolor presente, sus persecuciones, la lluvia de sangre que caía sobre su propiedad, eran justos castigos de todos los delitos que habia cometido contra el pueblo, porque nunca se quebrantan en vano las eternas leyes de la eterna justicia.

Y al mismo tiempo que una parte de la sociedad se maceraba en el estoicismo y se perdía en esa insensibilidad, que era como una muerte anticipada, otra parte de la sociedad evaporaba su vida entre el aroma de las rosas, el espíritu de los licores, el vapor de la sangre del circo, los suspiros del amor de los sentidos, las fiestas, los placeres, como si todos en este instante supremo [de la historia, tuvieran una tendencia fatal y ciega al suicidio. Así como el estoicismo era la protesta contra el imperio, el epicureismo era el auxiliar del imperio. Los corrompidos epicúreos amaban el Imperio, porque el Imperio les daba paz, porque el Imperio velaba el sueño de sus placeres, porque el Im-

perio les retenia en sus lechos de flores, lejos del estruendo y del peligro de la guerra, porque el Imperio les divertia en teatros, juegos de gladiadores, convites públicos, batallas navales, con todo cuanto podia divertir su imaginacion, ansiosa de placeres. Así, en el seno de aquella sociedad, las ideas, las grandes ideas que parecian perderse por vagas y por etéreas, y por fantásticas en los aires, en el seno de la inteligencia, en el espíritu se condensaban, se resumian en grandes partidos, en grandes constituciones, y bajaban á la tierra, y se aparecian vestidas de carne y hueso en la superficie de la sociedad. Esto prueba que las ideas filosóficas, las que parecen mas abstractas, mas lejos de la realidad y de la vida, tienen virtud bastante para acercarse á la tierra y remover la materia, y fundir en un nuevo molde toda la sociedad.

Así en los tiempos que hemos historiado, el mundo se habia cansado del epicureismo de Nerón, y volvia sus ojos á la virtud estoica. Una sombra de remordimiento habia cruzado por la conciencia de aquella Roma sumida en sus crímenes. Y parecia como que aquel remordimiento, taladrándole las sienes, la despertaba á una nueva idea, y la impelia á abrazarse á un nuevo signo de regeneracion y de esperanza. El mundo, tocado en el corazon, se levantó, y la tiranía neroniana cayó en el polvo. Entonces se vió que despues de medio siglo de Imperio, despues que sobre la idea aristocrática habian caido ocho generaciones de nobles machacadas por las fuerzas de los Césares, los Antonios, los Augustos, los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Neronos, aún habia entre tantas ruinas, entre tantas cenizas centellas apagadas de la República. Un viejo achacoso, enfermo, casi paralítico, encorbado sobre el sepulcro, habia ideado restaurar la idea aristocrática, fiel imagen de una idea gastada ya por el continuo progreso de la sociedad. Y este viejo, olvidado de su origen, de que las lanzas pretorianas le habian levantado al poder, quiso disciplinar las costumbres que él mismo habia relajado, cerrar el cauce que él mismo habia abierto. Y así como Nerón fué el hijo de la plebe, Galba fué el padre adoptivo de la aristocracia. Cuando la aristocracia vió á uno de los suyos, de sus mas queridos hijos adoptados por el nuevo César, se incorporó en su lecho, creyendo que habia pasado la juna de su martirio, y que habia desagraviado con su paciencia la justicia del cielo.

Pero la lógica no se puede nunca romper. Y la lógica se conoce en los lechos como una ley inflexible, inquebrantable, que no puede rom-

por ningun esfuerzo humano. Y en la lógica de los hechos no estaba, la antigua aristocracia, que habia imposibilitado la unidad del mundo tan necesaria á la vida; en la lógica de los hechos estaba la continuacion del Imperio, que hacia girar sobre sus goznes las puertas de la antigua Roma, para que en su recinto penetraran todas las razas de la tierra. Así es, que los pretorianos, inmediatamente despues que se vieron pospuestos á una aristocracia enfermiza y degradada, requirieron sus armas y se prepararon á soterrar á Galba. El epicureismo volvió á subir al trono de la tierra, volvió á ocupar su alto asiento, volvió á resucitar una imagen perdida de Nerón. Mas no se puede entregar ciegamente la sociedad á una tendencia, sin ir á dar en sus últimos extremos, porque toda idea, por su propia naturaleza, tiende á lo incondicional y absoluto. Othon, el representante de esta idea, cuando vió que el desenfreno de los mismos principios por él proclamados, iba á posesionarse de Roma, se levantó sobre sí mismo, se transfiguró en el dolor, ese númen del heroismo, miró con indiferencia la vida, conasco el placer, y murió una muerte que hubiera envidiado el mas severo de los estoicos. Y estos grandes ejemplos de virtud, de heroismo, estos ejemplos dados por los que tenian mas oscurecida la inteligencia, mas corrompido el corazon, no eran parte á libertar aquella sociedad del epicureismo, que se bafiaba en sangre en el circo, que aplaudia la inmoralidad en el teatro, que se revolcaba entre la embriaguez y el hartazgo en los festines, que viciaba la pureza de la primitiva matrona romana, que disipaba la vida del mansebo, que corrompia al niño en su cuna, que se suspendia hasta sobre la lira del poeta, y el cincel del escultor; epicureismo que era inevitable, que era fatal, que era el resultado de un gran movimiento metafísico, de una gran relajacion moral, y por consiguiente, que como todas esas ideas muy generalizadas, muy difundidas, se respiraba como los miasmas de las epidemias en el mismo aire destinado á conservar la vida. Vitelio representaba el desenfreno del epicureismo.

Pero esta exaltacion febril de una idea venia á distraer el Imperio del cumplimiento de su destino y de la conclusion de su maravillosa obra. Los pretorianos, rasgando con sus lanzas la púrpura imperial; los estoicos, empeñados en retroceder á un ideal perdido como un punto lejano á sus espaldas; los epicúreos, sumidos en profundo abyeccion moral, á cada paso viciaban, corrompian la idea providencial encomendada á la accion misteriosa del Imperio. Era necesario que naciese un hombre que acariciara la idea que habia sido como el secreto de la

vida de los Césares. Este hombre es Vespaciano. Un doble carácter hemos observado en este emperador. Como europeo tiene una tendencia señaladísima á la política práctica, y va organizando el gran principio de igualdad que habia triunfado en los Césares; pero como oriental, como hombre que habia por largo tiempo oido los cánticos de los sacerdotes asiáticos y habia visto las fastuosas ceremonias de su culto y habia respirado las esperanzas difundidas en los aires, tiene un carácter esencialmente gnóstico. Pero lo cierto es, que Vespaciano es plebeyo, y como plebeyo, fiel á su destino y á su idea hasta la muerte. Así, á un mismo tiempo abre las puertas del Senado al plebeyo, las puertas del *Pomerium* al extranjero. Y esta su política es perseverantemente seguida por su hijo Tito, tambien semi-latino y semi-oriental como su padre. En este tiempo se recrudecia la oposicion de los estóicos al imperio, y especialmente á la familia Flavia, á que pertenecian Tito y Vespaciano. Y la causa principal de esta oposicion de los estóicos á Tito y Vespaciano, no consistia en que el espíritu oriental con que ambos á dos perfumaban sus ideas era un peligro muy grave para las tendencias positivas y prácticas de la escuela estóica. El estoicismo iba creciendo y transformándose de pacífica secta filosófica en partido político, guerrero y militante.

Pero en este momento la recrudesencia de las pasiones, su gran tumulto, eleva al trono de la tierra un hombre apasionado y vengativo, un hombre que debia ser el gran azote del Senado. Este hombre se llamaba Domiciano. Como el Imperio debia estender una idea de justicia por el mundo, por la sociedad, Domiciano, á pesar de la perversidad de sus instintos, cumplia dos grandes ideas, borraba la diferencia de los caballeros y de los senadores, exaltaba la personalidad abatida y borrada del esclavo. Y al mismo tiempo estos días de Domiciano eran los días tristes, los días fatales para el Senado. Cuando los senadores creian contar con la benevolencia del César, veian abrirse las puertas del Senado, entrar los emisarios del César, diezmarlos, como el carnicero diezma el ganado, arrastrarlos al palacio de su señor, y allí abrirles el vientre, y ofrecerlos en sacrificio á la insensata cólera del Imperio, cólera horrible, que iba creciendo á medida que de aquella antigua aristocracia tan grande y tan temida solo quedaban las cenizas que esparcia el soplo de la muerte.

Pero á medida que iban cayendo estos abstráculos levantados contra el torrente del progreso, el estoicismo, la única idea positiva y práctica y justa que flotaba sobre aquel negromar de pasiones, abria paos

hasta el trono del mundo. Los emperadores habian comprendido que el estoicismo era su enemigo, y quisieron ahogarlo. Pero como, si es fácil esterminar á los hombres, es difícil esterminar las ideas, de cada una de las cabezas de los estóicos que rodaba por el suelo, salia una centella bastante á iluminar las oscurecidas conciencias. Y al mismo tiempo que el estoicismo propagaba sus ideas por el mundo con su igual constancia, se persuadia de que era imposible, absolutamente imposible resucitar lo pasado, y que habia menester para realizar su idea, el principio capital de su existencia, transigir con el espíritu de la época, y con la idea de su siglo. Desde el momento en que el estoicismo renunció á restaurar el Senado y la aristocracia, desde el instante en que se dió á exaltar la nueva idea, el derecho universal, la igualdad del género humano, la justicia, la ley moral, el estoicismo debia triunfar, porque encerraba en sí la idea del progreso. Esta idea en su primer ensayo, se personifica en Nerva. Hé aquí como la conciencia humana se acercaba por sí sola para recibir el bautismo del cielo con la idea inmortal del cristianismo.

Y así como la conciencia por el estoicismo se iba acercando á la moral cristiana, el mundo por el trabajo de Roma se iba acercando á la unidad espiritual del cristianismo. Dos grandes razas se habian dividido el mundo antiguo; la raza semítica y la raza indo-europea. La raza indo-europea es la raza de los artistas y de los filósofos; la madre del paganismo. La raza semítica es la raza de los sacerdotes, de los teólogos y de los guerreros, la raza guardadora del monoteísmo. La oposicion de estas dos razas ensangrienta toda la historia antigua, desde la primera hasta la última de sus páginas. Babilonia y Persia, Tiro y Grecia, Cartago y Roma representan la lucha, la oposicion sangrienta de todas estas razas entre sí. Y esta oposicion no se fundaba en una pasion, en un odio instintivo, se fundaba en grandes y poderosas ideas. La raza semítica representaba la idea divina, la idea teológica; y la raza indo-europea representaba la idea humana, la idea filosófica. ¿Qué genio superior habia tocado en el corazon de estas razas, que las obligaba á caminar hácia la fusion y la unidad de todas ellas? El carácter aristocrático y el carácter democrático se usian en la política general; la raza semítica y la raza indo-europea en el recinto de Roma; el pensamiento griego y el pensamiento oriental, en Alejandría, la idea divina guardada por Jerusalem y la idea humana difundida por Atenas en el cielo del cristianismo.

Y así todas las razas iban sufriendo esta transformacion, iban acer-

andose al ideal humanitario, á la sublime idea de la unidad. Al Occidente se hallaban batalladores iberos, que se extendian desde las cumbres de los Pirineos hasta las riberas del Mediterráneo; en las Galias, en la Britannia, en los desfiladeros de los Alpes, los sacerdotes celtas; las razas germánicas desde el mar del Norte hasta el Caspio, acampadas en las orillas del Rhin y del Danubio; la raza elena á las puertas del Asia, interrogándole por la clave de sus misterios; y en Italia, trono del mundo, los romanos dictando su pensamiento á los pueblos. En las riberas africanas del Mediterráneo se hallaban pobladas de semitas, que habian recibido en sus venas la infusion de sangre griega. En el Asia los pueblos luchaban con los romanos en retirada, y allí, en el fondo del Oriente meditaba el pueblo indio en sus grandes y profundos misterios. Y de esta suerte, ora por la guerra, ora por el pensamiento, ora por la religion, todos estos pueblos se unian, se mezclaban, se confundian formando el cuerpo robusto de una nueva humanidad, que debia recibir el espíritu del cristianismo, fuente de la nueva vida, númen del progreso.

Hemos estudiado la trasformacion de estas razas en el instante de la aparicion del cristianismo. Los españoles habian resistido en el campo con Indivil y Mandonio; en los desfiladeros con Viriato; en los muros con Numancia; en las montañas con los astures; en el martirio con los vascos; dentro de la misma familia romana con Sertorio; habian resistido, decia, al secreto de la Providencia que señalaba al mundo como ley de su providencia el dominio de Roma. Los antiguos galos, que habian puesto espanto y terror en el pecho de Roma, ligeros, frugales, dados á librar su suerte al primer empuje de sus armas, amigos de batallas campales, habian caído bajo el yugo de Roma en ocho grandes combates; y con ellos habia caído aquella su religion céltica, llena de supersticiones, cuyo rito era la mágia, cuyo sacrificio consistia en derramar sobre el ara la sangre de los hombres. De esta suerte, Roma contribuia á limpiar el mundo antiguo de sus manchas para prepararlo á recibir en su frente el bautismo de la idea cristiana. Así, el Dios-naturaleza se enterraba poco á poco en los abismos, y caian al pié de su ara todos los sacerdotes.

Y si era esta la suerte de la Iberia y de las Galias, era mas triste la suerte de Grecia, la maestra de las naciones. Grecia habia caído en profundo abatimiento. Sus repúblicas habian muerto, sus poetas callaban, sus filósofos huían á la ciudad de Alejandría, sus guerreros estaban enterrados en el polvo de los campos, sus ciudades eran monto-

nes de ruinas, sus hermosas regiones como la Atica, la Thesalia, la Arcadia, apenas guardaban recuerdos de sus templos y de sus dioses. Unos sobre otros iban cayendo sus reinos, sus escuelas, sus oráculos, sus templos, sus dioses, porque cumplido su destino y realizada su maravillosa obra, no le quedaba mas remedio que seguir la ley de todo lo que vive en el mundo. Así la Grecia sacudia su corona de verberna y de laurel, dejaba caer su lira, se hundia en el Mediterráneo, y legaba al mundo en herencia su pensamiento que habia sido el filtro de su gloriosa vida. Las naciones miraban con ojos llorosos la ruina de este pueblo; los grandes pensadores se acercaban con religioso temor á su sepulcro; los poetas buscaban una centella de inspiracion entre sus cenizas, y sobre aquella desolacion se levantaba como una letra funeral inscrita en una lápida la ciudad de Corinto, última luz de Grecia, semejante á esos fuegos fatuos, resto de la vida, que cruzan por las hendiduras de los sepulcros.

Y este mismo destino alcanzaba á Sicilia. Las guerras cartaginesas habian despoblado la parte que miraba al Africa; las guerras civiles la parte que miraba á la Italia; la guerra servil el centro de la isla. Así, en aquellos campos donde habia encontrado el color de sus preciosos cuadros campestres Teócrito, y el primer suspiro de la musa cristiana Virgilio, solo se veian ruinas amontonadas, sobre las cuales se deslizaba el lagarto, ó hacia su nido la marina gaviota. Y lo mismo que sucedia á Sicilia, sucedia á Creta. Esta isla donde el genio de Oriente y el genio de Grecia habian celebrado sus nupcias, dejaba caer en el verde fondo de las aguas sus piedras, sus columnas y hasta sus dioses.

En el Asia Menor se veian como una copia de las razas que esplicaban toda la historia; al Occidente, los indo-europeos, al Oriente los siro-árabes, en el intermedio los frigios. El Asia Menor habia sido como la madre de la Grecia. En ella se levantó Apolo, en ella nació Cibele, en ella entonaron sus primeros cánticos los poetas griegos, en ella habló el primer oráculo que interpretó el pensamiento de la inocencia de Grecia. En el Asia Menor, que habia sido la madre de la raza jónica destinada á dar su vida á la hermosísima Atenas, el espíritu griego sobrevivió por largo espacio de tiempo á la caída misma de Grecia. Roma respetó sus libertades históricas, la liga anfictionica de sus ciudades, el espíritu de su civilizacion, aun bajo su dominio.

Y entre el mar de Chipre y el Eufrates se extendia el maravilloso Imperio sirio, que habia sido por espacio de mucho tiempo el depósito

de la conciencia religiosa de la humanidad. Este imperio hermosísimo, destrozado por los parthos, que descendían de las montañas á herirlo y martirizarlo continuamente, estaba rodeado de continuas, aflicciones. Roma lo libertó de estas irrupciones, lo ató á su carro triunfal y la agregó á su inmenso imperio. Y así la idea romana se extendía por todo el mundo como la atmósfera de una nueva vida mortípara para el mundo. Y al mismo tiempo que dominaba estos pueblos, iba declarando tributarios suyos á los capadocios y á los tracios.

Y una profecía se cumplía y un gran castigo se consumaba con la estension que iba tomando el dominio romano por el Oriente. El pueblo hebreo había guardado en sus rocas la idea divina, la idea de la unidad de Dios. Esta idea le había sostenido en la adversidad, le había consolado en la esclavitud. Con esta idea había venido á ser el pueblo mas feliz del Oriente. Por esta idea había visto pasar como las olas de un mar sereno los pueblos, sus amigos, delante de su presencia, sin apagar el vívido fuego de su santuario. Pero un día se acercó el hombre á la puerta del templo de Jerusalem, llamó con redoblados golpes, y el pueblo quiso que su idea no fuera para los demas hombres. Pero Dios, que había querido que esta idea se difundiese por toda la humanidad, sopió sobre la tierra el nuevo espíritu creador, el cristianismo. Entónces el templo se arruinó, se dispersaron los sacerdotes, y no quedó en Jerusalem piedra sobre piedra. La Iglesia cristiana heredó el espíritu religioso de la Sinagoga; la humanidad el sacerdocio vinculado ántes en la raza semítica. Así el Oriente, el eterno é inmóvil cenobita de la historia, se veía lanzado de su templo, é iba á caer de hinojos ante nuevos y mas hermosos altares, ante la sagrada corona del cristianismo.

Y esta misma suerte había alcanzado al Egipto. Sus templos, que fueron la eterna escuela de Grecia, yacían abandonados de tantos peregrinos como iban á beber la vida en sus misterios; sus sacerdotes no alcanzaban á entender el espíritu teológico guardado en sus geroglíficos y en sus símbolos; sus guerreros habían sido desarmados y vencidos, aquellos guerreros, eterno terror del Oriente; sus razas se perdían en la inundacion general de pueblos que por todas partes la rodeaba, y el espíritu de su civilizacion se evaporaba como la gota de rocío caída en el desierto. Sin embargo, Dios, para premiar su constancia en el trabajo de la civilizacion universal, hizo brotar en el mundo á Alejandría, sí, Alejandría que trasformaba todas las razas, que unía unas con otras todas las ciencias, que vertía un nuevo espíritu en

la antigua filosofía, que elevaba todas las escuelas al cielo, para que se bañaran en la idea divina, que á la sazón inundaba la humanidad; Alejandría, una de esas ciudades tan grandes en la historia como Atenas, como Jerusalem, como Roma, piedras miliarias de los siglos.

Y en la misma Africa, entre el Atlas, el desierto y el Mediterráneo, al lado de las tribus de los Kabilas, nómadas, errantes, como un nido de ruiseñores creado en un oasis, se extendía la hermosa colonia de Cyrene, mansion dichosa de los griegos, que al calor de aquella grandiosa naturaleza, había producido grandes filósofos y grandes artistas; tierra en que los epicúreos encontraron su lecho de rosas, su mansion de delicias trasformada tambien por el espíritu de los romanos, pues su último rey, comprendiendo que es de todo punto imposible resistir al destino y á sus maravillosos decretos, entregó su corona al pueblo romano, para que la custodiara como un florón caído de la diadema de Grecia, de esa nacion, que había irradiado su espíritu maravilloso y artístico por las regiones mas bellas y mas felices de las tranquilas orillas del Mediterráneo, mar, que ha besado con sus tranquilas ondas lo cuna de todas las grandes trasformaciones de la civilizacion europea.

Y todas estas regiones se habían trasformado por el trabajo de Italia, patria del derecho, destinada, por poseer un ideal humanitario, á dominar el mundo. Italia, en este trabajo titánico de trasformar la humanidad, había agotado sus fuerzas, había estinguido hasta la vida de sus hijos. Así, en aquella Roma tan aristocratica y privilegiada entraban á tomar asiento los hombres de todas las razas de la tierra, y asiento, no al pié de la ciudad, sino en el Senado y en el trono de los emperadores. La dulce Italia había en su pensamiento trasformado la conciencia humana; con su sangre, la vida de todos los pueblos. Así en esta edad se hallaba enflaquecida, exhausta, agotada por sus grandes, por sus inmensos trabajos, reina y mártir á un mismo tiempo de toda la tierra; porque los pueblos que conciben una gran idea, son como los individuos, y no realizan esa idea, sino á costa de consumir mucha vida, y derramar de sus venas mucha sangre, sentencia de que no se liberta la humanidad.

Y el pueblo romano en esta época tenia grandes enemigos. En las selvas oscuras de la Britannia, entre las verdosas ondas de los mares bajo las sagradas encinas, se levantaba el ara de los druidas ensangrentada por el sacrificio de infinitos hombres. Allí un pueblo entero abrazado á sus antropófagos dioses, resistía á la cuchilla de Roma

que, preparando sin conciencia de su destino una idea mas sublime, iba poco á poco destruyendo el Dio-naturaleza. Aní aquellos pueblos britanos, defendian sus aras, su culto, sus selváticos templos, sus altares, con esa fé indomable, que es el carácter de los pueblos primitivos; y generaciones enteras se suicidaban contentas ántes que doblegarse á la ley de la Providencia. Pero no era este el gran peligro de Roma, el gran peligro de Roma estaba en las orillas del Rhin. Allí se estendian y se dilataban infinitos pueblos bárbaros, que aguzaban en silencio sus armas, que nacian y se criaban en carros de guerra, que no tenian amor patrio, que sentíanse movidos de un impulso ciego á caminar por el mundo, y que de vez en cuando se alzaban sobre las empinadas crestas de los Alpes, y al ver á lo léjos la tierra donde florece el almendron, el mirto y el granado, donde el sol reina como en su palacio, donde las aves entonan un concierto eterno, donde el mar se humilla y se convierte en un celeste lago, donde la vida es tan hermosa como el sueño de los inmortales; al ver esa tierta privilegiada lanzaban ahullidos de hambre, codiciosos de abrazarse á tan hermosa naturaleza. Y las orillas del Danubio todavía existian otras tribus mas feroces, ménos disciplinadas, mas salvajes, que eran como los residuos de los pueblos del Oriente, amenazando el Bósforo y la Grecia como los germanos amenazaban el Tirreno y la Italia. Y aun mas léjos, dilatándose hasta la laguna de Palus Meotides, se estendian los escitas, mas bárbaros que los getas y los germanos, mas indisciplinados, mas feroces, que bebian la sangre de sus enemigos, vestian su piel, se adornaban con las cabezas cortadas en los campos de batalla estaban en perpetua guerra como si conociesen que Dios les habia de empujar como un huracan sobre el mundo. Y al mismo tiempo el Cáucaso daba en sus riscos, en sus inaccesibles desfiladeros, abrigo á innumerables piratas, que se entregaban á merced del viento de las olas, y volvian á sus cavernas cargados de innumerables despojos á depositar el fruto de sus innumerables rapiñas, sus grandes presas.

Pero el pueblo rey no solo tenia enemigos en Europa, los tenia tambien y muy feroces en el Asia. El pueblo rey para contener á los germanos dominaba en las Galias; para contener á los getas en la Pannonia, la Iliria, la Tracia, y para contener á los parthos en la dichosa Armenia inundada por el espíritu de Grecia. Y estos parthos guerreros indómitos, estendidos por las orillas del Eufrates, forman un imperio, del cual no tenia Roma verdadera idea; un imperio feudal, inmensa, en que un rey poderoso y débil á un mismo tiempo, domina

sobre infinitos señores, que se reparten los girones de su purpura y viven abandonados á su instinto, y solo tienen un sentimiento en que se funden, se identifican todos sus corazones, el sentimiento de odio y de venganza contra Roma. Y por estas mismas orillas del Eufrates se estendian árabes desconocidos, y cerca del Nilo árabes nubianos, y al Sur la Abysinia, fuera del alcance de Roma. Así hemos visto como Roma trasformaba toda la humanidad, toda la historia. Ella recibia en su seno el espíritu de Jerusalem, las sublimes interpretaciones que del Oriente habia hecho Alejandria, el cántico eterno que Grecia lanzaba al Mediterráneo, las ideas que cruzaban perdidas sobre las ruinas de las ciudades orientales, las teogonías del Asia, el misterioso dogma del Egipto; y al mismo tiempo, en virtud de su propia vida metamorfoseaba todas las esencias escapadas de estos pueblos y las elevaba á la unidad, deteniendo el paso á los pueblos del Norte, á los bárbaros hasta el dia en que, madura ya la idea que debia heredar y recoger, pudiesen servir á estender y propagar un nuevo espíritu, una nueva civilizacion por toda la faz de la tierra, para que así constantemente se renueve la vida universal.

Mientras el pueblo romano guardaba la idea humana en su Capitolio, el pueblo judío guardaba la idea divina en su santuario. Dios habia premiado en este gran pueblo su constancia en guardar la idea que habia de ser la raiz universal, y la esperanza en la renovacion de su pacto con el pueblo por medio de su Mesias. Este doble instinto de tenaz conservacion y de progreso, era el gran carácter del pueblo judío. Las persecuciones, el destierro, sus incesantes penas, léjos de disminuir su fé en su Dios, la acrecentaban, y por eso ha de ser el elegido por Dios para dar una nueva alma á la humanidad, una nueva idea á la historia. Y en el seno del pueblo judío vivian dos grandes sectas, que con tendencias opuestas debian contribuir al movimiento religioso, que iba á inaugurar el cristianismo. Estas dos poderosísimas sectas eran los fariseos y los saduceos con ideas distintas, con opuestas tendencias. El fariseo intentaba conservar á Jerusalem y á su pueblo al pié del santuario, siempre con los ojos puestos en su Dios. Así en la cautividad los fariseos elevaban el espíritu del pueblo á Dios; en la irrupcion de Alejandro, los fariseos impedian que el pueblo se marchase tras los ídolos griegos; en la lucha con Roma, el fariseo se enterró en el polvo de sus colinas, en las ruinas de su templo. Y la otra secta era el saduceo, que intentaba unir el espíritu de Jerusalem con el espíritu de todos los pueblos. El saduceo seguía el